

UNA RELECTURA DE LA HISTORIA DE EUROPA EN DOS CICLOS VIQUIANOS

Alfonso García Marqués
(Universidad de Murcia)

RESUMEN: Este artículo es una propuesta de una nueva lectura de la historia de Europa a partir de la filosofía viquiana de la historia. El resultado es la negación de las cuatro edades de la historiografía actual (Antigua, Media, Moderna y Contemporánea), y la propuesta de la nueva división en dos grandes ciclos, cada uno con tres subdivisiones o edades. Para ello, en la primera parte, se hace una sucinta exposición de las ideas de Vico que se van a usar en la interpretación de la historia europea, especialmente la doctrina del *corso* y *ricorso*, y la de las tres edades. En la segunda, se aplican estas ideas: se periodiza la historia europea en dos grandes ciclos (un *corso* y un *ricorso*) y se muestra cómo en cada ciclo se han dado las tres edades viquianas, cada una con su propia *forma mentis*.

PALABRAS CLAVES: G. Vico. Historia de Europa. Filosofía de la historia, A. García Marqués.

ABSTRACT: This article invites to reconsider the history of Europe from the point of view of Vico's philosophy of history. As a result, the four ages of current historiography (Ancient, Middle, Modern and Contemporary) are denied, and a new division into two great cycles is proposed instead, each one composed of three subdivisions or ages. In the first part of the paper, some ideas of Vico that will be applied to interpretation of European history will be exposed, in particular the doctrine of the *corso* and *ricorso*, and the one of the three ages. It is in the second part where these ideas are applied: European history is periodized in two great cycles (a *corso* and a *ricorso*), where each one is composed by the three Vichian ages, each one with its own *forma mentis*.

KEYWORDS: G. Vico. History of Europe. Philosophy of history, A. García Marqués.

PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

I. LA FILOSOFÍA VIQUIANA DE LA HISTORIA

1. El mundo de las naciones
2. El mundo civil hecho por los hombres
3. Las dos modificaciones de la mente
4. El ritmo ternario de la historia: las tres edades
5. *Corsi e ricorsi*
6. Resultado: la historia ideal eterna

II. LOS DOS CICLOS DE EUROPA

1. Nuestra propuesta a partir de Vico
2. La delimitación temporal de los ciclos
3. Las tres edades del Mundo antiguo
 - a) Edad de los dioses: 753-509 b) Edad de los héroes: 509-27 c) Edad de los hombres: 27 a.C-754 p.C.
4. Las tres edades del Mundo moderno
 - a) Edad de los dioses: 754-1054 b) Edad de los héroes: 1054-1453 c) Edad de los hombres: 1453-¿?

CONSIDERACIONES FINALES

Este texto ha pasado la revisión crítica por pares ciegos. En plataforma OJS: subido 27/12/21 y aceptado 29/12/21.

P LANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

El origen de este texto es la invitación a impartir una conferencia a doctorandos en la Universidad de Sevilla, que el prof. José Manuel Sevilla tuvo la amabilidad de hacerme.¹ Y el estímulo originario para presentar este tema en público y luego redactarlo de modo más formal es la afirmación de Vico de que la filología sin filosofía está ciega, pero la filosofía sin filología está vacía.² No hace falta recordar que, para Vico, el término *filología* alude a «la doctrina de todas las cosas que dependen de humano arbitrio, como son la historia de las lenguas, de las costumbres, y de los hechos así como de la paz como de la guerra de los pueblos» (SN44, § 7; cfr. SN44, § 139); dicho en una palabra: la filología es la *historia*, en su sentido más amplio y totalizante, que incluye la historia social, las formas de vida, las lenguas...

La advertencia viquiana es doble. Los historiadores que no atiendan a la filosofía no pueden tener una correcta comprensión del devenir histórico humano: no pueden presentar una correcta interpretación de los periodos históricos, ni de los acontecimientos reales en su plena complejidad social. Pero, por otro lado, Vico está acusando a los filósofos de haber descuidado el dar a sus doctrinas un contenido concreto, una plenificación factual. En mi opinión, la ausencia en la filosofía de ejemplos reales, de concreciones históricas donde se puedan ver las ideas en concreto, en su individualidad, es un mal endémico, que explica, en parte, el fracaso social de la filosofía.³

En este texto, me propongo hacer una aportación —un ensayo—, a fin de comenzar a colmar esa doble laguna que Vico señala. Considero que las ideas viquianas sobre el sentido de la historia humana, su filosofía de la historia, su exposición de los principios de humanización... son verdaderas, acertadas: es probablemente la mejor exposición con que hoy contamos sobre la historia y cómo interpretarla. En consecuencia, pienso que podemos —y debemos— aplicar dichas ideas para tener

1. Agradezco al doctorando Alfonso Zúñica García las agudas observaciones que ha hecho sobre mi manuscrito y las amplias discusiones que sobre él hemos tenido, lo cual ha contribuido notablemente a la mejora del texto final.

2. Cfr. SN44, § 390. Cito todas las obras de Vico por: GIAMBATTISTA VICO, *Opere filosofiche*, ed. Paolo Cristofolini, Florencia, Sansoni, 1971. Para la *Scienza nuova* de 1744, utilizo la abreviatura SN44, y sigo la numeración de Nicolini.

3. «La filosofía contempla la razón, de donde procede la ciencia de la verdad; la filología observa la autoridad del humano arbitrio, de donde viene la conciencia de lo cierto. [...] Este axioma demuestra que han fracasado por igual tanto los filósofos que no dieron certeza a sus razones con la autoridad de los filólogos, como los filólogos que no se preocuparon de dar verdad a sus autoridades con la razón de los filósofos. Si, por el contrario, lo hubiesen hecho, hubieran sido más útiles a las repúblicas y nos habrían precedido en la elaboración de esta Ciencia» (SN44, § 138; cfr. SN44, § 140).

una comprensión adecuada de nuestra historia europea. Digo nuestra historia europea, porque me voy a centrar en esta parte de la historia de la humanidad, pues, aparte de ser la que mejor conozco, es la que más nos afecta a nosotros los europeos en la comprensión de nosotros mismos. Eso no impide, al contrario, exige, que otros pensadores apliquen las ideas viquianas en la comprensión de su propio devenir histórico, u otra filosofía, si es que la consideran más acertada y fecunda.

La consecuencia más evidente de esta consideración viquiana de la historia europea será su división en dos grandes ciclos o *corsi*, como Vico los llama. Vico no determina cuáles son esos dos ciclos, es más, ni siquiera propone que la historia europea haya de dividirse así, pero de sus escritos se desprende claramente que ha habido dos ciclos. En efecto, el libro cuarto de la *Scienza nuova* está dedicado al «*corso* (recorrido) que hacen las naciones» (SN44, § 915), mientras que, en el quinto expone «el *ricorso* (retorno) de las cosas humanas en el resurgir que hacen las naciones» (SN44, § 1046), y trata explícitamente el retorno del derecho romano en el derecho feudal.

No obstante, quede claro que yo no voy a exponer el contenido de esos dos libros, pues Vico no hace historia como la hacemos nosotros, ateniéndonos a los acontecimientos ocurridos realmente y documentados fehacientemente, a las fechas perfectamente establecidas, etc. Este modo de hacer historia no nacería hasta el s. XIX con Leopold von Ranke. En Vico, por el contrario, no hallamos ni una sola fecha en esos dos libros, sino tan solo una descripción del modo en que los hombres concebían la realidad en las diversas etapas del desarrollo histórico y cómo eran las cosas humanas que creaban a partir sus concepciones. Así pues, lo que en esos libros se expone es la estructura histórico-formal de los acontecimientos históricos.

En cuanto a mi exposición, he de decir que necesariamente será muy esquemática. Por un lado, nunca, que yo sepa, se han aplicado las ideas de Vico a la exposición y comprensión de la historia universal (a la historia de las naciones), ni por parte de los filósofos ni de los historiadores. Se trata, pues, de una primera visión general, que no puede entrar en el análisis detallado de cada aspecto, periodo o acontecimiento. Además, dado que de este enfoque viquiano resulta la negación de la partición habitual de la historia en cuatro edades, se podrían exigir explicaciones muy amplias y detalladas que justifiquen un cambio tan drástico en la comprensión de la historia. Sin embargo, me parece claro que tales explicaciones requerirían centenares de páginas, imposibles de realizar en la breve extensión de un artículo. Por eso, ciertamente, aportaré datos comprobados históricamente, que no podré justificar en el presente artículo, pero que el lector podrá verificar en los textos de historia. Lo más interesante de mi escrito es la interpretación de esos datos, que es lo que la filosofía, en este caso de Vico, puede aportar a la obra de los historiadores, a fin de obtener una auténtica y verdadera comprensión de la historia.

Por todo lo dicho, voy a dividir mi texto en dos partes netamente distintas. En la primera, expondré muy esquemáticamente las ideas rectoras del pensamiento de

Vico para la interpretación de la historia y, en la segunda, aplicaré dichas ideas a la historia de Europa. Tendremos, pues, una primera parte estrictamente filosófica y una segunda de carácter histórico, donde intentaré mostrar cómo hay que periodizar la historia y qué sentido tienen sus diversas edades. Se obtiene así un resultado muy distinto de la periodización oficial de nuestra historia en cuatro edades: Antigua, Media, Moderna y Contemporánea.

I. LA FILOSOFÍA VIQUIANA DE LA HISTORIA

Vico es *el* filósofo del barroco. Pertenece a una época en que la humanidad europea había conseguido un alto grado de madurez, con una plena conciencia de la realidad humana en su cuasi infinita variabilidad. Se presta especial atención a lo concreto, a lo particular, a las variaciones, sin desatender lo universal y teórico, evitando las rigideces abstractas y uniformizantes que luego se darían en la Ilustración. Vico representa la primera teoría general de la historia que es capaz de hacerse cargo de esa riqueza y variabilidad y, al mismo tiempo, de la universalidad.

1. EL MUNDO DE LAS NACIONES

Como es sabido, la obra principal de Vico tuvo tres versiones, de las cuales, la tercera y definitiva, la de 1744, lleva como título *Principi di Scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni*. Esto ya nos da la primera clave de su filosofía de la historia: el sujeto de la historia no son los individuos, ni los reyes, ni los militares, ni los legisladores, sino las *naciones*. Con el término *nación*, Vico no se refiere a nuestras unidades políticas, jurídicamente constituidas, como España o Italia, que a veces llamamos Estados, sino a lo que en terminología actual, llamamos *etnias*: los grandes grupos humanos que comparten los mismos rasgos culturales, que tienen una lengua común, costumbres semejantes, una cierta unidad de origen e incluso tienen una vida colectiva común, con independencia de que sean un Estado o varios. Serían, por ejemplo, los griegos antiguos (a pesar de sus múltiples polis y sus diversos dialectos), los germanos (con su multiplicidad de pueblos: francos, visigodos, ostrogodos...), o los hispanos (prescindiendo de que hayan unificado políticamente o no sus diversas estructuras estatales, como el reino de Aragón o León o Castilla o Portugal).

En referencia a Europa, no tenemos una sola etnia o nación, pero sí un conjunto de naciones que ha tenido un desarrollo cultural y político más o menos paralelo. De hecho, Europa ni siquiera como continente es un concepto geográfico, sino cultural e histórico, que, por haberse expandido hasta América, lo llamamos, a veces, Occidente o civilización occidental. Ciertamente esa expansión es un fenómeno que forma parte de Europa e incluso parte importante, pero no es lo característico de ella, ni lo que define su proceso histórico total. Ese desbordar los límites del continente

europeo también lo podemos ver en el Mundo antiguo, cuando Roma se extendía también por el norte de África y todo el próximo oriente. Por eso, en el presente texto atenderé fundamentalmente a lo que ha sido nuestro mundo europeo desde la antigüedad hasta hoy, como una cierta totalidad de naciones que han vivido de modo paralelo, aunque ciertamente cada una tenga su propia historia y algunos, como los eslavos, no se hayan incorporado a la vida europea hasta el siglo IX-X, u otros, como el norte de África, hayan dejado de pertenecer a nuestro mundo.

2. EL MUNDO CIVIL HECHO POR LOS HOMBRES

No sin cierta solemnidad enuncia Vico una de las tesis centrales de su pensamiento:

En tal densa noche de tinieblas, con que está cubierta la primera y lejanísima antigüedad, brilla la luz eterna —que no tiene ocaso— de esta verdad, que no puede ponerse en duda bajo ningún concepto: que este mundo civil ha sido ciertamente hecho por los hombres, por tanto, se pueden, porque se deben, encontrar sus principios dentro de las modificaciones de nuestra misma mente humana. (SN44, § 331).

Esta declaración “evidente” de que el mundo civil, el mundo de las naciones, ha sido hecho por los hombres es entendida por Vico de un modo peculiar, fundamentado en el primer principio de su filosofía. En efecto, cuando Vico mismo interpreta su recorrido intelectual no duda en señalar que la búsqueda de ese principio es la tarea que le ocupó desde el inicio: «Desde el tiempo de la primera *Oratio* [...], se ve abiertamente que yo agitaba en mi ánimo un argumento nuevo y grande: hallar un principio que uniese todo el saber humano y divino». ⁴ Dicho principio consiste en la afirmación «*verum esse ipsum factum*» («lo verdadero es lo que ha sido hecho»). ⁵ Dicho de otro modo, lo que Vico quiere defender es la reciprocidad o convertibilidad de lo verdadero con lo hecho. Esto significa que, para los seres inteligentes, toda actividad ontológica —real— consiste en una acción creadora en la que se hace la realidad en sentido fuerte (las cosas), y también se las conoce, precisamente en cuanto que proceden del agente hacedor. ⁶

Aplicado esto al hombre, significa que nosotros somos capaces de comprender lo que hacemos. Ahora bien, dado que no hacemos el mundo natural, nos es imposi-

4. *Autobiografía*, 24. *Vita di Giambattista Vico scritta da se medesimo* (1725 y 1728), abreviadamente *Autobiografía*, incluyendo ahí la *Aggiunta fatta dal Vico alla sua autobiografia* (1931).

5. AS, 63. *De antiquissima Italorum sapientia* (1710). Abrevio como AS.

6. Sobre la cuestión del primer principio, me permito remitir al capítulo segundo, titulado «*Verum est factum*», de mi libro *Vico. Unidad y principio del saber*, Valencia, Nau llibres, 1995.

ble comprenderlo exhaustivamente, tan solo lo conocemos en cuanto que somos capaces de recrearlo mediante el experimento, que es lo que somos capaces de hacer y lo que hacen las ciencias empíricas. Por el contrario, el mundo civil ha sido hecho por nosotros y, por tanto, podemos conocerlo plenamente. Sea claro que no lo conocemos exhaustivamente en sus aspectos físicos, sino en los humanos. Dicho de otro modo, dado que los materiales con que construimos nuestras ciudades o nuestros artefactos son naturales, no los conocemos exhaustivamente, pero sí nuestras leyes o lenguas o costumbres. Y todas esas cosas son reales: nuestra actividad creadora es ontológica, hasta el punto de que incluso nos creamos a nosotros mismos, no, claro, en cuanto especie biológica (proceso de hominización), sino en cuanto *humanos*, a través de un proceso de humanización.

Este proceso creador fue concebido por Vico inicialmente, en su *De antiquissima Italorum sapientia*, como un único proceso: el agente en un solo acto conoce el objeto y lo crea, pues conociéndolo lo hace y haciéndolo lo conoce. De este modo, el paradigma de su *verum factum* es la acción divina: Dios conociendo crea y creando conoce, en un único acto. Ahora bien, en el *De antiquissima*, Vico no conseguía comprender cómo los toscos hombres primitivos podían crear lo humano sin un conocimiento de lo que es la sociedad, la política, las leyes, la moral... Pero finalmente Vico hizo un descubrimiento tardío, fruto de toda su vida investigadora, que no dudará en llamar la «llave maestra» de su nueva Ciencia:

Los primeros pueblos de la gentilidad, por una ya demostrada necesidad natural, fueron poetas, y hablaron por caracteres poéticos. Este descubrimiento es la clave maestra de esta Ciencia, que nos ha costado la obstinada investigación de toda nuestra vida literaria. (SN44, § 34).

Esta idea viquiana, clave de toda su concepción, es la procesualidad interna de la mente humana: los hombres no siempre han concebido sus pensamientos, ni han conceptualizado la realidad del mismo modo, sino que la mente humana, por su conexión con el cuerpo, lleva a cabo —individual y colectivamente— un proceso de maduración desde concepciones concretas, esquemáticas, imaginativas hasta un modo plenamente consciente de conocer, hasta una plenitud, hasta una razón totalmente desplegada. No hay que entender esto como que una vez pensamos en unas cosas y otras en otras, o que nuestros intereses —individuales o colectivos— varíen con el tiempo, sino que nuestras conceptualizaciones son radicalmente distintas en los diversos momentos de nuestro desarrollo cognitivo.

Dicho de otro modo, es la primera vez en la historia del pensamiento humano que se introduce la idea de que la propia mente se modifica temporalmente en su modo de conocer, de ahí que Vico acuñe la terminología de *modificación de la mente*. Insisto en que la tesis de Vico es que la mente humana se modifica intrínsecamente a lo largo del tiempo, de tal modo que tienen lugar muy distintas modalidades de conceptualización. Es decir, no basta con indicar que hay una pluralidad de

facultades (sentidos, fantasía y razón) y que están armonizadas; eso es necesario, pero lo relevante es subrayar que la misma mente no siempre funciona igual: no porque posea distintas facultades, sino porque ellas juegan entre sí en diverso modo, de tal manera que se modifica en sí la mente, dando lugar a esas *modificaciones* en sentido viquiano. Según esto, podríamos distinguir entre los *modos* de la mente humana, que son sus facultades por las que decimos que conocemos sensiblemente o racionalmente, y sus *modificaciones*, o sea, las maneras en que la mente unitariamente opera, en función del diverso juego de esas tres facultades.

Por eso, en la elaboración de la teoría de las modificaciones, Vico atiende tanto a la unidad entre cuerpo y mente, como a la pluralidad de niveles cognitivos humanos. Ateniéndose a ellos, sostiene que los modos de conocimiento humano van de lo sensible a lo inteligible, tanto desde un punto de vista genético-individual como histórico: todo conocimiento humano ha de empezar por los sentidos y proceder desde ahí a la mente. Y así, el conocimiento de los primeros hombres es fundamentalmente sensitivo y desde ahí se va elevando a lo puramente intelectual: «Los hombres primero sienten sin advertir, luego advierten con ánimo perturbado y conmovido, finalmente reflexionan con mente pura» (SN44, § 218).

Como he señalado, la diversidad de mentes no hay que entenderla como exclusiva presencia de una facultad humana, por ejemplo del sentido o de la imaginación, sino que todas pertenecen a *la mente*; es decir, se trata de una articulación simultánea de esas facultades, aunque con el *predominio* —no eliminación— de una sobre las otras. Así, por ejemplo, el lenguaje necesita siempre comenzar por lo sensible en su formación y, por tanto, incluso las palabras que designan conceptos puramente abstractos guardan relación con lo sensible y siempre conservan huella de su origen (SN44, 444). En una palabra, el hombre es sentido, fantasía y razón, y esas tres facultades están siempre presentes y operantes, de tal modo que en cada época de la humanidad se produce un determinado equilibrio entre ellas.

3. LAS DOS MODIFICACIONES DE LA MENTE

Vico sostiene que son dos las modificaciones de la mente humana: la mente poética (poiética, hacedora, creadora) y la mente reflexiva (recreadora). La mente reflexiva es la nuestra: la mente plenamente desarrollada, científica, capaz de elaborar conceptos y teorías puramente abstractos: «Finalmente, habiéndose desplegado toda nuestra humana razón, alcanzó la verdad de las ideas».⁷ Por esto, Vico afirma repetidamente que «la naturaleza racional es la verdadera naturaleza humana».⁸

7. «Finalmente, essendosi spiegata tutta la nostra umana ragione, andò a terminare nel vero dell'idee», SN44, § 1045.

8. «La natura ragionevole (ch'è la vera natura umana)», SN44, § 29. «...dell'umanità ragionevole, ch'è la vera e propria natura dell'uomo», SN44, § 973.

El problema es concebir cómo fue la mente de los hombres primitivos, cuestión que le costó a Vico, como él mismo dice, toda su vida literaria. La tesis de Vico es que esos hombres conocían mediante *universales fantásticos* (imaginativos), no mediante conceptos abstractos, no mediante una total y plena intelección.

De este modo, tenemos dos modificaciones de la mente humana y dos momentos del *verum factum*: el momento creador y el momento reflexivo (recreador). El primero con una *sapienza poetica* (hacedora, creadora), espontánea, no intelectual, no autoconsciente; y el segundo, una *sapienza riposta* (reflexiva, recreadora), en la que reproducimos lo ya hecho real e históricamente, pero en modo plenamente consciente, teórica e intelectivamente poseído.⁹

Para entender qué es esa creación, hay que tener en cuenta que no es de objetos naturales, sino de las cosas reales del mundo humano: los saberes poéticos generan sus objetos al mismo tiempo que los conciben. Vico enumera articuladamente los saberes poéticos y los objetos que ellos crean:

Los fundadores de la humanidad gentil con su teología natural, o sea, metafísica, se imaginaron los dioses; con su lógica, encontraron las lenguas, con la moral, se generaron los héroes; con la economía se fundaron las familias, con la política, las ciudades; como con su física se establecieron los principios de todas las cosas divinas, con la física particular del hombre *en un cierto modo se generaron a sí mismos*, con su cosmografía concibieron para sí el universo completo de los dioses; con la astronomía llevaron de la tierra al cielo los planetas y las constelaciones; con la cronología dieron principio a los tiempos, y con la geografía los griegos, por ejemplo, describieron el mundo dentro de su Grecia. (SN44, § 367, subrayado mío).

De este modo, la tesis de Vico es que el hombre no solo creó el mundo civil, sino que incluso se hizo a sí mismo, transformándose desde un estado animal a un estado humano:

El hombre ignorante se hace regla del universo [...], pues así como la metafísica razonada enseña que homo intelligendo fit omnia [entendiendo, el hombre se hace todas las cosas], así esta metafísica imaginativa demuestra que homo non intelligendo fit omnia [sin entender, el hombre se hace todas las

9. «Los primeros hombres, como niños del género humano, no siendo capaces de formar los géneros inteligibles de las cosas, tuvieron natural necesidad de imaginarse los caracteres poéticos, que son géneros o universales fantásticos [o imaginativos], para reducir como a ciertos modelos o retratos ideales, todas las especies particulares semejantes a cada uno de sus géneros [...]. Por ejemplo, los egipcios reducían todos los hallazgos útiles o necesarios del género humano, que son efectos concretos de la sabiduría civil, al género de *sabio civil*, concretado imaginativamente en Hermes Trimegisto, porque no sabían abstraer el género inteligible de *sabio civil* y mucho menos la forma de *sabiduría civil* de la que fueron dueños tales egipcios» (SN44, § 209).

cosas]; y esto quizá con más verdad que aquello, puesto que el hombre al entender despliega su mente y comprende las cosas, pero con el no entender hace de sí esas cosas y, con el transformarse, se hace humano.¹⁰

Es importante notar la total unión de esos dos momentos. El *verum factum* en su doble aspecto, creador y reflexivo, constituye la estructura transcendental del espíritu humano, que, por tanto, rige toda construcción y todo saber humanos, todo lo que hacemos y pensamos. No son dos principios distintos, sino el único *verum factum* en dos momentos: el momento creador, en el que nuestra mente conociendo (*sapienza poetica*), pero sin plena intelección, crea el mundo de las naciones, y un momento reflexivo en que, recreando ese mundo civil que ya hemos hecho, lo conocemos científicamente, con plena intelección (*sapienza riposta*):

Y en todo este libro [segundo] se mostrará que cuanto primero sintieron en torno a la sabiduría vulgar los poetas, fue entendido después por los filósofos en su sabiduría reflexiva; de tal modo que se puede decir que aquellos han sido el sentido y estos el intelecto del género humano. (SN44, § 363).

Así los primeros pueblos, que fueron los niños del género humano, fundaron primero el mundo de las artes; luego, los filósofos, que vinieron mucho después y en consecuencia son los viejos de las naciones, fundaron el mundo de las ciencias: con este se completó de hecho la humanidad. (SN44, § 498).

4. EL RITMO TERNARIO DE LA HISTORIA: LAS TRES EDADES

Cuando Vico quiere hablar de los procesos históricos reales, suele señalar diversas fases: «El orden de las cosas humanas procedió de este modo: primero fueron las selvas, luego los tugurios, después las aldeas, posteriormente las ciudades, finalmente academias» (SN44, § 239). De este modo ilustra el necesario proceso desde lo tosco y pequeño, a lo complejo y grande: *nihil repente maximum fit*.¹¹

Ahora bien, cuando expone el proceso necesario en que proceden las naciones, cabría esperar que estableciese dos grandes edades: la poética y la reflexiva. Sin embargo, Vico establece que la procesualidad de la mente humana se concreta históricamente en tres edades: la edad de los dioses, la edad de los héroes y la edad de los hombres.¹²

10. SN44, § 405. Nótese que Vico no dice que el hombre *hace (facit)* todas las, sino que *se hace (fit)*: el hombre no hace productos externos, sino que se hace a sí mismo humano y nación, con todo lo que ella implica: lengua, instituciones, leyes, pactos, comercio... Y luego, cuando recrea intelectivamente el mundo de las naciones, su mente, recreándolo, se hace todas esas cosas.

11. VICO, *De nostri temporis studiorum ratione*, edición electrónica a cargo de L. Pica Ciamarra, en *Laboratorio dell'ISPF*, IX, 2012, 1/2, p. 21.

12. «Ci sono pur giunti due gran rottami dell'egiziache antichità, che si sono sopra osservati. De' quali uno è che gli egizi riducevano tutto il tempo del mondo scorso loro dinanzi a tre età, che furono: età degli dèi, età degli eroi ed età degli uomini», SN44, § 173; cfr. § 31.

Las naciones llevan a cabo un proceso unitario que necesariamente pasa por esas tres edades, por la imposibilidad de transitar de modo inmediato desde una mente poética a una reflexiva; es necesario un proceso de mediación, que no es un mero medio, sino una edad con sus propias características.

Esto comporta la idea de una temporalización ternaria de todo lo humano, que Vico describe en el libro IV de la *Scienza nuova*: tres especies de lenguas, de caracteres, de costumbres, de derecho, de jurisprudencia, de autoridad, de juicios, de gobierno, e incluso las ciencias y la misma naturaleza humana están sometidas a ese ritmo ternario (SN44, § 915).

A modo de ejemplo, cabe mencionar que los tres tipos de gobierno son el teocrático, el de los optimates y el de los iguales (SN44, §§ 925-927). También el derecho natural, permaneciendo constante como derecho natural, ha pasado por esas tres edades: hay «tres especies de derecho natural. El primer derecho fue divino, pues [...] opinaban que todo eran dioses o lo hacían los dioses [...]. El segundo fue heroico, o bien, de la fuerza [...]. El tercero es el derecho humano dictado por la razón humana totalmente desplegada» (SN44, §§ 922-924). E incluso Vico llega a hablar de «tres especies de naturaleza. La primera... poética» (SN44, § 916). «La segunda fue naturaleza heroica» (SN44, § 917). «La tercera fue naturaleza humana, inteligente y, por tanto, modesta, benigna y razonable, que reconoce como ley la conciencia, la razón, el deber» (SN44, § 918).

Se trata en definitiva de tres edades que recorre toda nación. En la primera, son los dioses los que obran, todo tiene carácter divino: es la musa, no Homero, el que canta la *Iliada*, son los dioses los que obran en el mundo Homérico, Parménides recibe la revelación de la diosa Justicia... En cambio, en la edad de los hombres son estos los que realizan todo de modo inteligente. Vico no explicita las características de la edad de los héroes, pero podemos considerar que se trata de la edad en que los dioses ya no obran directamente sino a través de los héroes: unos hombres especiales, extraordinarios, superiores, que haciendo cosas únicas y grandiosas consolidan la nación y ponen las bases para toda la futura edad de los hombres.

Una observación importante que hay que tener en cuenta al leer la historia con ojos viquianos es la flexibilidad de esas diversas edades. Dado que siempre son hombres los que recorren esas edades, no se puede excluir totalmente ningún elemento humano. Es decir, siempre hay sentidos, fantasía y razón; o como dice Vico, en otro contexto, el hombre siempre es «mente, corpo e favella» (SN44, § 1045). Por eso, aunque el paso de la sabiduría vulgar a la reflexiva y el ritmo ternario de las edades de la humanidad, parezcan ser pasos cronológicamente sucesivos, donde los posteriores hacen desaparecer totalmente los anteriores sin que permanezca rastro de estos, Vico, por el contrario, afirma la contemporaneidad de los tres estadios de la humanidad:

Debe establecerse este principio: dado que comenzaron simultáneamente los dioses, los héroes y los hombres (puesto que eran hombres los que fantasea-

ron los dioses y creían que su naturaleza heroica era mezcla de la de los dioses y los hombres), así al mismo tiempo comenzaron tales tres lenguas». (SN44, § 446. Cfr. § 412).

Esto significa dos cosas. En primer lugar que el paso a una nueva edad no elimina lo anterior, sino que lo repropone de otro modo; la sabiduría reflexiva es esencialmente *sapienza riposta* (sabiduría re-puesta; reposición): no una eliminación, sino una recreación de la sabiduría poética, creadora. Y como hemos dicho, el lenguaje, por muy abstracto que llegue a ser, siempre guarda origen de lo concreto y sensible de dónde ha nacido (SN44, § 444). E igualmente una fase científica no tiene por qué eliminar el arte, la poesía, el cultivo de lo sensible, etc.

Y en segundo lugar, que las transiciones no hay que entenderlas rígidamente sino como una mezcla de dos edades, en las que los elementos de la primera se van retransformando según la nueva mente y, por tanto, aparecen elementos de una edad en otra, aunque eso sí, retransformados. Por ejemplo, los héroes no eliminan a los dioses, sino que ellos mismos son de naturaleza sobrehumana, divina, pero son ellos los que obran, no los dioses como en la primera edad.

5. *CORSI E RICORSI*

Esta procesualidad de lo humano se ve aumentada por la introducción de los *corsi e ricorsi*, que dan a entender que las naciones concretas están en un proceso histórico continuo de nacimiento, crecimiento, decadencia, y vuelta a empezar. Es decir, no solo ha habido una génesis de lo humano y un descubrimiento posterior de las artes y las ciencias, sino que todo eso está sometido a un proceso de descomposición o destrucción, que conducirá a las naciones a un estado de barbarie, del cual volverán a surgir.

El proceso final de disolución no es una cuarta edad, sino la descomposición de la nación durante su última edad, la edad de los hombres. Se trata, según Vico, de que la mente reflexiva, rompiendo con la *sapienza poetica* (deja de ser *riposta*), se convierte en razón hipercrítica; o sea, se trata de una subjetividad crítica, que, rechazando todo lo anterior, pasa a ser una subjetividad individualista, dominada por una sensibilidad descontrolada, donde la verdad es repudiada y el propio capricho es un absoluto. Así describe Vico este tipo de subjetividad hipercrítica:

Los doctos ignorantes se dedican a calumniar la verdad y nacen así discursos engañosos de tal modo que de una perfecta libertad se cae en una perfecta tiranía, que es la peor de todas: la anarquía, o sea, la desenfrenada libertad de los pueblos libres. (SN44, § 1102)

Las malnacidas sutilezas de los ingenios maliciosos, con la barbarie de la reflexión, han convertido a los hombres en fieras más inhumanas de lo que antes fue la antigua barbarie. [...] A modo de bestias se han acostumbrado a no pensar más que en sus particulares utilidades, propias de cada uno, y aca-

bando en lo último de la delicadeza o, mejor dicho, del orgullo, a modo de fieras, apenas son disgustadas, se resienten y enfurecen. Y así, en la mayor concurrencia o muchedumbre de cuerpos, vivieron como bestias inhumanas en una suma soledad de ánimos y de voluntades, no pudiendo apenas convenir dos, pues cada uno seguía el propio placer o capricho. (SN44, § 1106)

Ese proceso de disolución da lugar a un nuevo *corso*, que Vico llama *ricorso* (retorno). Vico no especifica claramente cómo se da, pero podríamos considerar que si la disolución es total, esa nación desaparece como tal nación y los nuevos individuos biológicos, sus hijos físicos, forman una nueva nación distinta: el sujeto histórico ha cambiado. Esto es lo más habitual en la historia: Roma (la nación romana) ya no existe. Sus descendientes biológicos somos nosotros mismos, pero nadie puede decir que Roma o los romanos descubriesen América o circunnavegasen el mundo. Sin embargo, también podría darse el caso de que la disolución no sea total, y esa misma nación comience un nuevo ciclo: el sujeto seguiría siendo el mismo. No obstante, para nuestra investigación no asumiremos esta segunda posibilidad, pues realmente no se ha dado en la historia de Europa.

Vico no tematiza la diferencia que hay entre un *corso* y un *ricorso*, i.e. entre el primer y el segundo ciclo, pero algo insinúa en el libro V, cuando habla del «retorno (*ricorso*) del derecho romano antiguo hecho en el derecho feudal» (SN44, cap. 2). Es decir, no es lo mismo un primer ciclo a partir de un estado ferino, que un segundo ciclo recorrido a partir de la descomposición de uno anterior. Evidentemente, los restos del anterior pueden permanecer en el segundo, como piezas sueltas que se vuelven a reelaborar. De este modo podemos ver que el derecho romano ha estado —y está— presente en nuestras leyes, nuestro modelo de familia ha sido el romano durante nuestro ciclo, nuestras instituciones políticas y jurídicas guardan restos de aquellas (senado, sistema judicial, repúblicas, elecciones públicas...), y creo que el mejor ejemplo serían las lenguas: las lenguas romances son lenguas de segundo ciclo, elaboradas no a partir de la ausencia de lengua, sino desde una lengua totalmente hecha y culta, que ha entrado en descomposición y que, ya como una lengua nueva, está recorriendo un segundo ciclo.

Quede, pues, claro que el segundo ciclo (no encuentro mejor modo de decirlo en español), no es tanto un segundo ciclo, sino un *ricorso*, un *retorno*, un “sobreciclo”.

6. RESULTADO: LA HISTORIA IDEAL ETERNA

El resultado de la propuesta viquiana es el esquema general para interpretar la historia, que es la historia de las naciones. Es lo que Vico llama la «historia ideal eterna, sobre la cual corren en el tiempo las historias de todas las naciones» (SN44, § 7). Se trata de una conclusión necesaria, obtenida de sus investigaciones científicas.

cas, de su nueva Ciencia:

Por tanto, en esta Ciencia reina esta especie de pruebas: que las cosas de las naciones *debieron, deben y deberán* proceder tal cual en esta Ciencia han sido razonadas, [...] y esto sucedería también aunque desde la eternidad nacieran en el tiempo infinitos mundos, lo cual ciertamente es falso de hecho. (SN44, § 348).

Se trata de un esquema formalmente necesario, es decir, con la idealidad propia de lo filosófico: toda nación ha de recorrerlo, lo cual no impide que *de facto* no lo hagan, pero por motivos extrínsecos, por cuestiones meramente coyunturales. Esto no es nada extraño, pues todos decimos, por ejemplo, que el hombre es un viviente racional, lo cual no impide que haya personas totalmente dementes; o que el hombre tiene un hueso frontal, pero nada impide que, a causa de un accidente, a algún hombre le hayan tenido que poner en su lugar una placa metálica. Por eso, Vico no duda en decir que el tema de su obra es la «*naturaleza común de las naciones*», como reza el título de su obra principal.

En definitiva, la tesis de Vico es que «hay leyes de la dinámica sociocultural y hay libre albedrío; hay leyes de la historia, y a la vez el futuro es imprevisible porque el *ricorso* es libre y porque no reproduce el ciclo anterior sino sólo su esquema».¹³ Dicho de otra forma, las edades viquianas son como las edades humanas: por naturaleza todo ser humano nace niño, es luego adulto y, por último anciano, aunque, *per accidens*, muera siendo niño. Y además, que recorra necesariamente esas tres edades no implica que sus acciones sean necesarias: su visión del mundo y sus consiguientes acciones tienen sentido y se comprenden en función de la edad que está recorriendo, pero ellas mismas son únicas, irrepetibles y libres.

En suma, Vico ha diseñado el esquema general que recorren las naciones, «la historia ideal eterna» (SN44, § 7), y a partir de ella podemos hacer *historia con sentido*, con auténtica intelección de sus fases y procesos. Podemos cumplir el sueño viquiano de unir filología (historia) y filosofía: *avverare il certo; accertare il vero*. Los poetas han creado este mundo civil que nosotros recreamos científicamente, pues «los poetas fueron el sentido, y los filósofos el intelecto de la humana sabiduría» (SN44, § 779).

13. CHOZA, J., «Reflexión filosófica y desintegración sociocultural en la antropología de G.B. Vico», *Anuario Filosófico*, 14, 1981, p. 47.

II. LOS DOS CICLOS DE EUROPA

1. NUESTRA PROPUESTA A PARTIR DE VICO

La historiografía habitual divide la historia de Europa en cuatro edades y se establece una separación entre ellas, que no es posesión pacífica, pero aceptada frecuentemente como límites orientadores: Edad Antigua (hasta el 476, caída del Imperio romano), Edad Media (hasta el 1453, caída de Constantinopla), Edad Moderna (hasta el 1789, Revolución francesa) y Edad Contemporánea.

No deja de ser curiosa esa división. El mismo concepto de Edad Media tendría que ser discutido: es una invención renacentista para dar a entender que ellos conectan directamente con el Mundo antiguo, y esos mil años (476-1453) no son más que un periodo medio, de barbarie e ignorancia. Igualmente, decir que una edad es contemporánea no significa nada, pues solo indica que se da ahora, como si al preguntar a alguien la hora nos contestara: es la hora actual.

Y además, para sostener dicha división se ha tenido que recurrir a no pocos supuestos arbitrarios, como la existencia de una supuesta edad “media”, de mil años de duración y que, como tal edad, habría sido unitaria; o como la existencia de un Imperio Bizantino (invención de Jerónimo Wolf en 1557, para apoyar que el auténtico continuador del Imperio romano no era dicho imperio, sino el Sacro Imperio Romano Germánico); o suponer que la ciudad de Roma era lo mismo que el Imperio romano, hasta el punto que su toma por Odoacro era el fin del Imperio romano; o que el inicio de la revolución francesa fue un cambio de edad, etc.

La tesis que propongo, a partir de las doctrinas de Vico, es que Europa ha recorrido dos ciclos —llamémoslos el antiguo y el moderno—,¹⁴ y cada uno se divide en las tres edades prescriptivas: de los dioses, de los héroes y de los hombres. Nosotros estamos al final del segundo ciclo.

Como he comentado antes, hay que entender que los sujetos —las naciones— en cada ciclo han sido distintos. No podemos decir que las modernas naciones europeas o la Unión Europea sean el mismo sujeto histórico que Roma o que Atenas. Aunque los crímenes de guerra no prescribieren, no parece fácil que los españoles podamos pedir indemnizaciones al actual gobierno italiano por los daños causados por Escipión el Africano en la toma de Cartagena: ni nosotros somos los cartagineses, ni ellos los romanos. Por el contrario, aún oímos quejas respecto a España —con razón o sin ella, aquí da igual— por la conquista de México; o igualmente podríamos decir que los españoles expulsaron a los moros de la península. En el

14. Para que surja la idea de la contraposición entre los antiguos y los modernos no hay que esperar a la “querella” del XVII. Ya en plena Edad Media existía la conciencia de esa contraposición. Cfr. por ejemplo, Averroes que, en el comentario 7 al IX de la *Metaphysica*, comienza diciendo: «Los modernos sostienen...» (*Aristotelis opera cum Averrois commentariis*, apud Juntas, Venetiis 1562, f. 231 H).

ámbito cultural, no hay duda de que Llull, Vives, Suárez o Francisco de Vitoria son filósofos españoles, mientras que Séneca o Averroes no lo son. Y por eso mismo presentar a San Agustín (nacido en el 354), plenamente contemporáneo del emperador Teodosio (nacido en el 347), como un autor medieval, porque se convirtió al cristianismo, es una cosa bien extraña.¹⁵

Así pues, la tesis, que sostengo a partir de Vico, es que ha habido dos ciclos en Europa y cada uno de ellos con sus sujetos históricos. El Mundo antiguo, en substancia, es Roma, que formó una nación y cultura absolutamente única y máximamente influyente. Roma es el eje que aglutina el primer ciclo, con las diversas naciones existentes, que Roma fue integrando hasta formar una unidad política y cultural. Como escribe Berti: «La cultura del Imperio romano, la más grande cultura existente en la historia».¹⁶ Entre esas naciones que Roma asumió destaca especialmente Grecia, que también tiene su ciclo, inicialmente separado de Roma, pero luego absorbido en el romano.¹⁷

El segundo ciclo, el *ricorso* (retorno), es el moderno, que, tras la disolución de Roma, comienza con los balbuceos que darán lugar a las naciones modernas: un conjunto de naciones jurídicamente constituidas, aunadas en grandes grupos étnicos y que hoy tienden a formar una única estructura política y cultural. Este segundo ciclo abar-

15. En la común división de la historia de Europa en cuatro etapas es frecuente asociar el cristianismo a la Edad Media. Presentado como una religión judía, el cristianismo es generalmente excluido de la Edad Antigua. En la filosofía viquiana de la historia, la religión es un elemento fundacional y esencial de las naciones. Consecuentemente, la filosofía viquiana de la historia ofrece las herramientas teóricas necesarias para pensar, en su procesualidad histórica, la dimensión religiosa del hombre. En línea con el proyecto que aquí presentamos, de realizar una historia de Europa *more viciano*, tuve ocasión de reflexionar, recurriendo al concepto viquiano de *akmé*, sobre el cristianismo en «*Tò pléroma toú chrónou*. Humanismo romano y religión cristiana», *Revista Española Teología*, 77, 2017, pp. 319-348.

Puesto que se trata de una larga cuestión, me limito a señalar que los receptores inmediatos del mensaje de Cristo fueron judíos, pero pertenecientes a un mundo profundamente helenizado y latinizado, y además los que la configuraron como una religión universal fueron los grecorromanos. Por eso, el cristianismo es una religión racionalizada según las exigencias de la episteme griega: tiene como Dios supremo al Logos (Juan I, 1) y un sistema de pensamiento como una filosofía del dato revelado; el único texto que admite como revelado es el texto *griego* (la *Septuaginta* —las traducciones desde el hebreo y arameo— y los originales griegos —deuterocanónicos y Nuevo Testamento—); su ordenamiento interno es el sistema jurídico romano; su concepción del culto a los santos está calcada sobre el modo romano (aunque evidentemente ya no son *divus Caesar* o *divus Augustus*, sino *divus Petrus* o *divus Paulus*), etc.

Además, en el concilio de Jerusalén, convocado en el año 50 para solucionar el enfrentamiento entre los judaizantes y los helenistas, el cristianismo rompió totalmente con el judaísmo: eliminó todos los preceptos judíos (la circuncisión, el adorar en el Templo de Jerusalén, el sacerdocio hereditario entre los descendientes de Aarón, los levitas, la prohibición de comer cerdo y animales impuros, el sistema de purificaciones, la poligamia, el repudio de la esposa, la ley del levirato, etc.), y solo estableció dos preceptos, que no son específicamente judíos: abstenerse de la fornicación y de los sacrificios a los ídolos (*Hechos*, XV, 29).

16. ENRICO BERTI, «¿Por qué traducir nuevamente la *Metafísica*?», *Co-herencia*, vol. 15/28, 2018, pp. 19-28; p. 23.

17. De hecho, Vico señala que, en el Mundo antiguo, diversas naciones como Cartago o Capua no recorrieron completo su ciclo completo, pues fueron integradas en Roma.

caría el resto del tiempo: desde el fin de Roma a nuestros días (y seguiría), o sea, una parte de lo que hoy llamamos Edad Media, y toda la Edad Moderna y Contemporánea.

2. LA DELIMITACIÓN TEMPORAL DE LOS CICLOS

El primer y principal problema con el que nos encontramos es trazar una delimitación entre los dos ciclos. Traducido a nuestros esquemas habituales la pregunta sería: ¿cuándo acaba la Edad Antigua y comienza la Edad Media (toda ella o la parte que corresponda)?

Como he comentado, “medieval” es el nombre dado por los renacentistas a un periodo del que no se consideraban herederos. Ellos pretendían conectar directamente con Roma y la Antigüedad, prescindiendo de un periodo oscurantista que nada había aportado, que estaba *en medio* por pura casualidad. Hoy sabemos que ese planteamiento es absurdo: ningún medieval se consideró a sí mismo medieval, y sus instituciones políticas, jurídicas, sociales, culturales, no es que estén en continuidad con muchas de las nuestras, sino que son las mismas.

La idea de que el Imperio romano concluye en el 476 procede de la historiografía francesa del XIX, que, desde el punto de vista de la historia de Francia, ve el 476 como el fin de la Galia como provincia romana. Si embargo, en esa fecha no pasó nada especial.¹⁸ En realidad, Odoacro, caudillo de los hérulos al servicio del Imperio de Occidente, por diferencias en la asignación de tierras, se enfrentó con Orestes, que había usurpado el poder y nombrado emperador a su hijo Rómulo Augústulo. En este enfrentamiento, Odoacro tomó Roma, que era una ciudad ciertamente importante, pero no la capital del Imperio romano de Occidente. Odoacro destituyó a Rómulo (el usurpador en Roma), pero Julio Nepote, el auténtico emperador, seguía gobernando amplios territorios de Dalmacia y de la Galia. Realmente Julio Nepote fue el último emperador de Occidente, pues siguió gobernando hasta su muerte en el 480 y siempre fue reconocido como emperador por Constantinopla, que entonces consideraba a Occidente como dependiente de ella, pues la importancia de este era mucho menor. A la muerte de Julio Nepote, no se nombró ningún emperador de Occidente, sino que Oriente asumió la totalidad: pasó a ser el Imperio romano sin más, sin la añadidura “de Oriente”.

A Odoacro, al servicio de Roma, se le dio el rango de patricio y el título de *dux* (generalísimo), y se le reconoció el de *rex Italiae*, aunque era un rey dependiente de Constantinopla (como otros tantos reyes y régulos de la Antigüedad, que habían sido parte del Imperio romano); se le permitió acuñar moneda en nombre del emperador

18. «En contra de lo que se piensa habitualmente el año 476 no supone el fin de Imperio alguno», GONZALO FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, «La crisis del Imperio Romano de Occidente (454-476 d. de C.)», *Revista de arqueología*, 28/314, 2007, pp. 55.

(en los primeros cuatro años en nombre de Julio Nepote), etc. Sin embargo, ante la falta de obediencia de Odoacro, Constantinopla envió a Teodorico, rey de los ostrogodos, para que lo eliminara; Odoacro fue asesinado en el 493. Posteriormente, ante la situación inestable creada por Teodorico, Justiniano (Emperador de los romanos del 527 al 565) envió a Belisario que derrotó a los ostrogodos –estos desaparecen de la historia–; Italia, provincia romana, pasó a ser gobernada directamente por Constantinopla hasta el 754 (independencia definitiva de Roma respecto al Imperio).¹⁹

Un siglo después de la supuesta caída del Imperio, el emperador Justiniano tenía todavía el 80 % de los territorios del Imperio romano, incluida Italia y Roma, hablaba latín como lengua materna, con él se había recuperado el Imperio y emprendió grandes obras arquitectónicas (Santa Sofía, obras portuarias...) y culturales, como la publicación del derecho romano, que estaba vigente (el *Digestum*). En pocas palabras, las formas de pensar y vivir del mundo antiguo estaban aún vigentes.

Con Heraclio (610-641) se inicia el fin de la cultura romana, se pasa a hablar griego (que ya se iba transformando en otro idioma, en griego medieval). Heraclio ya no es *Imperator*, sino *Basileus*. La larga guerra de veinticinco años contra los sasánidas acabó con la victoria de Constantinopla en la Batalla de Nínive (627), pero simultáneamente el Imperio se había enfrentado a ávaros y eslavos, que llegaron simultáneamente con los sasánidas a sitiar Constantinopla. El Imperio romano quedó agotado y desestabilizado.

La nueva fuerza emergente, el mundo islámico, se encontró con un Imperio agotado y tras vencerlo en Yarmuk (636) se produjo un colapso en gran parte del imperio. Para el 641, muerte de Heraclio, todo el levante y Egipto, incluida Alejandría, ya estaban en poder de los musulmanes.²⁰ El avance de los musulmanes fue imparable: en el 711 estaban en España y en el 712 en el Indo. Por eso, la historiografía actual suele considerar el reinado de Constante II (641-668) como la transición en Oriente del Mundo antiguo al medieval. Ese mundo antiguo podría

19. «El Imperio romano no cayó ni con Odoacro ni con Teodorico: ambos caudillos germanos actuaron como funcionarios imperiales (magistri militum praesentales [comandantes del ejército en sitio] en nombre y por cuenta del único emperador romano en cargo. Occidente y Roma continuaban su existencia como periferia del poder político imperial. E incluso Teodorico abrió un periodo extraordinario de gobierno con formas constitucionales inéditas bajo el signo de la recuperación de los fastos de la romanidad y de su civilización». ORAZIO LICANDRO, *Occidente senza Imperatori (L')*. *Vicende politiche e costituzionali nell'ultimo secolo dell'Impero Romano d'Occidente 455-565 d.C. fra Oriente e Occidente*, L'Erma di Bretschneider, 2012. Resumen, en <https://www.lerma.it/libro/9788882657413>

20. Notemos que, según la historiografía habitual, estaríamos en plena Edad Media (sin ciudades, oscura y miserable), pero el comandante de las tropas musulmanas que tomaron Alejandría en el 642, Amr ibn al-As, envió al califa un inventario de lo hallado: «4.000 palacios, 4.000 baños, 12.000 mercaderes de aceite, 12.000 jardineros, 40.000 judíos y 400 teatros y lugares de esparcimiento». Tomo la cita de Wikipedia, *Alejandría*.

haber sido absorbido por el mundo musulmán, pero sucedió que en el 718 León III el Isaurio obliga a los musulmanes a levantar, tras un año, el sitio de Constantinopla, ese mismo año se produce la batalla de Covadonga y en el 732, en Poitiers, se frena el avance hacia el norte de los musulmanes.²¹

Ahora bien, esa expansión musulmana, entre el 636 y el 732, fue la liquidación definitiva del mundo antiguo, de su cultura y de sus formas de vida. Se perdieron los centros culturales y comerciales del Mediterráneo, con el consiguiente hundimiento económico y cultural. Esto se puede ver con evidencia en la aparición de las lenguas románicas: la transmisión cultural era tan ínfima que ni siquiera la lengua se mantiene. En el breve espacio de tres generaciones ya no existe el latín sino las lenguas romances. Todo ello acentuado por una doble fractura: entre el norte y el sur del Mediterráneo, por un lado, y entre el este y el oeste de la cuenca norte, por otro.

Esta última fractura estuvo propiciada por los carolingios: la nueva fuerza emergente en occidente. Estos son los que frenan el avance musulmán hacia el norte de Europa y los que en el 751, con la sanción del papado, sustituyen a los merovingios, que hasta entonces seguían nominalmente gobernando. Estos eran todavía jefes bárbaros integrados en el Imperio, que mantenían relaciones de dependencia cultural, económica e incluso política, aunque de modo muy flexible, con Constantinopla.²² Convivían con los romanos, cuyas formas de vida, lengua y cultura seguían vigentes, pues los nuevos pueblos —como los visigodos en España— formaron una tenue capa de población, sin raíces, que no consiguió permear toda la población y su dominio no penetró ni cultural ni lingüísticamente.

Por el contrario, la nueva situación provocada por el avance musulmán hace que los carolingios y todo Occidente rompa relaciones con Oriente. Esta ruptura se consolida definitivamente cuando, en el 754, el papa, el poder religioso de Roma, asume el poder político, consagra a Pipino el Breve como Rey de los francos y *Patricius romanorum* y rompe definitivamente con Constantinopla. Roma deja de pertenecer al Imperio romano. Se constituyen nuevos sujetos históricos, naciones con gobiernos teocráticos, germen de la actual Europa.

Este cambio radical ha sido expuesto magistralmente por Henri Pirenne, en su célebre obra *Mahoma y Carlomagno* (1922), que las investigaciones posteriores no han hecho más que confirmar, aunque se hayan corregido datos concretos o aspectos marginales. Esta interpretación podemos verla confirmada en una obra reciente de

21. Este no es el lugar para hacer matices sobre la fecha exacta y su importancia de la batalla de Covadonga o el alcance de la batalla de Poitiers, pero, al fin y al cabo, cesó el avance musulmán y se preparó una nueva época.

22. «Los soberanos bárbaros federados al Imperio romano reconocen la soberanía nominal de un único emperador con sede en Constantinopla [...]. Esta situación perdura hasta la coronación imperial de Carlomagno», G. FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, «La crisis...», p. 55.

Stanley Payne, publicada en 2017, donde, hablando de la transición entre el Mundo antiguo y nuestro mundo, escribe:

Se trata de un proceso tan largo y lento, con tantos aspectos diferentes, que siempre resulta artificial o arbitrario señalar una fecha concreta. Existe, sin embargo, algún consenso respecto a que el primer periodo de formación clave [de Occidente] discurrió entre los siglos VIII y IX.²³

Y añade:

En conjunto los siglos VIII y IX ya no formaron parte del mundo antiguo, sino de las primeras generaciones de la nueva civilización que llamamos Occidente. Sus habitantes ya no eran ni romanos ni posromanos, sino *europeenses*, “europeos”, como los llamó la crónica mozárabe del año 754, todos bajo la jurisdicción del Papa de Roma.²⁴

En resumen, podemos decir que el tránsito entre los dos ciclos se da en el siglo VIII. Como es lógico las fechas concretas son simbólicas: 636 (Yarmuk), el inicio de la disolución; 718 (Constantinopla y Covadonga) y 732 (Poitiers), se frena el avance musulmán, y los restos de la Antigüedad no son integrados en la nación musulmana (o árabe), abriéndose así la posibilidad de un segundo ciclo, un *ricorso*, para Europa. Y finalmente, 751, cuando los carolingios asumen el poder fácticamente, o 754, cuando el papa consagra rey a Pipino el Breve como Rey de los francos y *Patricius romanorum*, y Roma deja de pertenecer al Imperio: nacen en occidente los nuevos sujetos históricos.

3. LAS TRES EDADES DEL MUNDO ANTIGUO

Una vez que hemos delimitado el *corso* y el *ricorso* de Europa, podemos pasar a ver muy esquemáticamente cómo se organizan las tres edades en cada uno de ellos. Tendremos que determinar una primera edad en la que los dioses son los que obran, donde todo es divino; una segunda, en donde los héroes, realizando acciones sobrehumanas, ponen los cimientos y estructura del ciclo; y una última edad en la que los hombres, ya todos iguales, obran de modo racional. Y si es el caso —como lo ha sido en ambos ciclos—, habrá que describir la disolución de la edad de los hombres.

a) *Edad de los dioses: 753-509.*

El primer ciclo se inicia con la fundación de Roma (753), la primera olimpiada (776) y la composición de la *Ilíada* y la *Odisea* (s. VIII). Evidentemente se puede

23. STANLEY PAYNE, *En Defensa de España*, Madrid, Espasa, 2017, p. 44.

24. *Ibid.*, p. 46. Siguiendo esa terminología que insinúa Payne podríamos decir que nuestro mundo ha tenido un *corso*: el romano, y un *ricorso*: el europeo.

retrotraer el inicio 200 años antes, hasta los acontecimientos («selvas, tugurios») que permitieron esos acontecimientos simbólicos, pero es claro que esas son las fechas simbólicas. Esta primera edad se extiende hasta la fundación de la República romana (509) y el inicio de democracia en Atenas (507).

Podríamos preguntarnos si este ciclo comenzó con las migraciones helenas del siglo XX a.C. Ciertamente los jonios, eolios y aqueos fueron recorriendo su propio ciclo histórico hasta la edad de los héroes, que fue truncada por la invasión de los dorios (s. XII), que destruyeron la civilización aquea y dieron lugar a los llamados *siglos oscuros* (1100-900) sin ciudades y sin escritura. En el siglo IX comenzó la recuperación cultural, social, económica... En las ciudades jonias del Asia Menor, se formaron los rasgos de la civilización griega clásica, que se difundió por el mundo heleno. Adoptaron el sistema fenicio de escritura, básicamente silábico, pero introdujeron las vocales, con lo cual apareció por primera vez en la historia de la humanidad un alfabeto completo en sentido estricto (con vocales y consonantes). Crearon una nueva organización política y social de la ciudad: nace la polis.

De modo paralelo podríamos tratar los precedentes de la civilización romana entre el siglo X y el VIII. Por los cambios en el modo de inhumación, se puede establecer que los latinos llegaron al Lacio en torno al 1000. Pero en definitiva, podemos coger como fechas simbólicas las señaladas, que es cuando nace la nueva civilización, i.e. se inicia el *corso*.

En esta edad las obras la realizan los dioses (la *Iliada* la canta la musa, no Homero). El derecho es mágico, con fórmulas sagradas, que solo conocían algunos. Rómulo mató a Remo por violar el recinto sagrado. Los dioses son los que deciden el combate entre Horacios y Curiacios. Los gobernantes (los 7 reyes legendarios) tienen carácter sagrado, gobiernan por voluntad de los dioses. Los dioses se mezclan con los hombres. E incluso los filósofos reciben su doctrina de los dioses (Parménides) o afirman que “todo está lleno de dioses” (Tales).²⁵ La filosofía en esta edad no pasa de ser balbuceos incipientes (a pesar de las tesis de Heidegger). Si no hubiesen existido Platón y Aristóteles, simplemente no habría habido filosofía. Solo consideraciones o reflexiones al estilo del pensamiento oriental.

b) Edad de los héroes: 509-27.

El inicio de la República (509) y de la democracia (507) marca el cambio a la edad de los héroes, que se prolonga hasta Actium (31), cuando Augusto queda *de facto* como único gobernante de todo el Mundo antiguo, o el 27, cuando Augusto toma jurídicamente el poder y comienza el Principado.

25. Frag. 11 A1 y A23. H. DIELS-W. KRANZ, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, W. Hildebrand, Berlin, 1960-64.

En esta edad se forma un mundo que durará establemente siglos, e influirá en el segundo ciclo. Los rasgos de esta edad son claramente diferentes de la anterior. En lo político tenemos la República y la democracia, que no son gobiernos democráticos en sentido moderno, sino el gobierno de los optimates: de esos que son más que hombres y que tienen derechos propios (no privilegios), pues su naturaleza es distinta, es heroica. La *Lex duodecim tabularum* (450) recoge perfectamente esta situación: se constituye jurídicamente el Senado y el pueblo romano (SPQR), los optimates y el pueblo, y al mismo tiempo, nace el derecho constitucional, el derecho público, el derecho civil. Nace también un nuevo derecho penal, basado en pruebas, no en juicios de los dioses.

Los héroes que forjaron ese mundo fueron los que dieron esos pasos de gigante, consolidando la república, redactando la *Ley de las doce tablas*, creando todas las instituciones jurídicas, militares, comerciales... Y si queremos citar héroes concretos, tenemos a Alejandro Magno y Pericles; a Escipión el Africano y a Quintus Fabius Maximus Ovicula Cunctator, en cuyo epitafio se escribió: «*Unus homo nobis cunctando restituit rem*» («Un hombre único aplazando restituyó la república»,²⁶ en alusión a que él solo, con su estrategia militar, impidió que Aníbal se adueñara de Roma. Sin ese héroe singular, el mundo sería radicalmente distinto de lo que es hoy).

Aquí podríamos añadir una pléyade de hombres de cultura, pero me limitaré a mencionar a Cicerón, cuyo latín ha estado —y sigue estando— presente durante milenios y continúa vigente en nuestro español y, sin exageración, digo que en todas las lenguas occidentales. Los que fijaron por escrito y nos legaron el *Corpus homericum* o el *Corpus aristotelicum*. Platón, cuya Academia pervivió 900 años (387 a.C.-529 p.C.) y cuya filosofía seguimos estudiando hoy para comprender la realidad y a nosotros mismos. Y Aristóteles, continuamente presente en la historia del pensamiento humano, creador de la ciencia, de la biblioteca científica, del método científico en general, del método matemático tal como lo concebimos hoy, cultivador de la filología, creador de la nuestra biología y entomología modernas... Como dice Hegel, «uno de los más ricos y profundos genios científicos que jamás hayan existido: un hombre que nunca ha podido ser igualado».²⁷ ¿Acaso no sería algo más que hombre?

El último héroe que cierra esta edad fue Julio César: estadista, militar, científico (historiador, creador de las bibliotecas públicas romanas), organizador de la vida social, creador del calendario juliano (el primer calendario preciso de la humanidad, en esencia el mismo que aún tenemos). Sus creaciones políticas siguen presentes y su

26. ENNIO, *Annales*, IX, 309. Cito por <http://www.thelatinlibrary.com/>

27. G.W.F. HEGEL, *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía*, trad. de W. Roces, 3 vols., F.C.E., México 1955, vol. I, p. 237.

nombre aún resuena cuando hablamos del Zar de Rusia, del Káiser de Alemania, o de toda la simbología de Estados Unidos, copiada de Roma.

c) Edad de los hombres: 27 a.C-754 p.C.

La edad de los hombres comienza con el gobierno de Augusto y dura hasta la disolución del *corso*. El inicio fue una etapa de esplendor considerada como la «plenitud de los tiempos».²⁸ La episteme griega —la verdad teórica—, y el *ius romanum* —la verdad práctica— se habían dado la mano para crear el mundo humano, hecho vida en instituciones políticas, jurídicas, económicas, científicas... La subjetividad humana había alcanzado un pleno grado de autoconciencia y libertad, como podemos ver en las *Confessiones* (398) de Agustín de Hipona o en los retratos romanos de El Fayum (ss. I-III). Esa unión de *episteme* y *ius* es el núcleo del *humanismo*: la primera vez que la humanidad alcanzó plenamente lo humano en cuanto tal. Por eso, retorna en el segundo ciclo (el *ricorso*, el retorno), como un paradigma al que volver continuamente para recrearlo en formas nuevas: *vinum vetus in utres novos*.

Esta edad se puede dividir en tres etapas. Una primera de esplendor, hasta el 395, cuyo mejor siglo fue llamado por Edward Gibbon, en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, «el momento más feliz de la historia de la humanidad». Los cincuenta años de anarquía militar (235-284) supusieron los primeros desafíos graves para esta edad. No obstante, Diocleciano consiguió una reorganización del espacio político y público, que se ha dado en llamar el Dominado, que hace que este periodo se prolongue hasta el 395, muerte de Teodosio el Grande, pues fue el último que pudo gobernar el Imperio romano en toda su extensión.

A partir de entonces comienza un periodo de decadencia, como se evidencia de la incapacidad de gobernar unitariamente todo el Imperio romano, una extensión que durante siglos había sido gobernada sin dificultades especiales. Esa incapacidad obliga a dividir el imperio en dos partes, que llamamos Imperio romano de Oriente e Imperio romano de Occidente.

Con esto comienza una segunda etapa en la que ciertamente Oriente se recuperó, especialmente con Justiniano, y aún tuvo momentos de esplendor político, militar y cultural (como la edición del *Digestum*), pero en Occidente los problemas se acumularon, incrementados por la migraciones continuas de los bárbaros. No obstante, en el siglo VI todavía encontramos autores de relieve, como Boecio, que es propia y estrictamente un romano: escribía el latín y, por cierto, de extraordinaria calidad, hablaba perfectamente el griego (como Cicerón o César), fue cónsul, incluso sus dos

28. PABLO DE TARSO, *Epístola a los Gálatas* 4, 4: «Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum». En «“Tò plérōma tou chrónou”. Humanismo romano y religión cristiana», *Revista Española de Teología*, 77 (2017), pp. 319-348 comento el sentido de la expresión paulina.

hijos también lo fueron..., pero tras la muerte de Boecio (525), ya no encontramos filósofos de relieve. Los romanos más capaces abandonan las instituciones docentes y fundan nuevos sistemas culturales al margen de las instituciones romanas: Benito de Nursia, noble romano, funda Montecasino (529) y Casiodoro (Magnus Aurelius Cassiodorus Senator), que había sido senador romano, *Magister officiorum* y *Praefectus praetorio*, abandonó la política para fundar *Vivarium* (540). Y ya a finales del VI la decadencia cultural es patente, como atestigua Gregorio de Tours, historiador romano, que se queja en el 591 de la notable incultura de su gente: «Ay de nuestros días, porque ha perecido el estudio de las letras entre nosotros y no se encuentra en el todo el pueblo un rétor que pueda publicar por escrito los acontecimientos actuales».²⁹

Como ya he comentado, a partir del 636 tenemos una última etapa, ahora de total disolución de las formas de vida del Mundo antiguo, para dar paso a una nueva realidad a partir del 754.

4. LAS TRES EDADES DEL MUNDO MODERNO

a) *Edad de los dioses: 754-1054.*

La historia de nuestro ciclo, de los nuevos sujetos de la historia europea, o sea nosotros mismos como colectivo histórico, tiene su origen en el siglo VIII, como he procurado mostrar más arriba. El fin de esta primera edad hay que situarla aproximadamente a mitad del siglo XI, con un conjunto de fenómenos que luego comentaré. Tomo como fecha simbólica el 1054, cuando se produce el Cisma de Oriente.

En esta nueva edad de los dioses, los hombres vuelven a conocer mediante universales fantásticos y vuelven a crear el mundo humano, nuevas naciones, a partir de la disolución total de Roma, lo cual no impide que elementos o construcciones suyos permanezcan en este segundo ciclo, pues como dice Pierre Grimal «la civilización romana, ciertamente, no ha muerto, pero, únicamente en la medida en que da nacimiento a otra cosa que no es ella misma, está llamada a asegurar su supervivencia hasta nosotros».³⁰ De este modo, vuelven de nuevo a aparecer los modos de vida propios de la edad de los dioses, que nos pueden parecer irracionales, pero responden a la necesidad establecida por Vico: *homo non intelligendo fit omnia*.

Ahora son los “dioses” quienes vuelven a actuar directamente en la tierra y son el respaldo de toda acción humana. De nuevo, los reyes reinan *gratia Dei* (por la gracia de Dios) y es necesario que el papa —Dios en la Tierra— respalde su actuación.

29. GREGORIO DE TOURS, *Historiarum Francorum libri X*, praefatio, en Bibliotheca Augustana, https://www.hs-augsburg.de/~harsch/Chronologia/Lspost06/Gregorius/gre_hipr.html.

30. PIERRE GRIMAL, *La civilización romana*, Paidós, Barcelona 1999, p. 64.

Pipino el Breve ha necesitado la aprobación del papa para llamarse rey, y la consagración o unción sacra para poder gobernar: tenemos de nuevo los gobiernos teocráticos. Los españoles vimos con nuestros propios ojos a Santiago Matamoros en Clavijo (844; o según quieren ahora los historiadores en Albelda, 859), quien con su empuje dio la victoria a los cristianos. O igualmente vimos en Simancas (939) a san Millán, montando un caballo blanco y blandiendo su espada, tal como se le representa en un cuadro conservado en la catedral de Sevilla, en cuya leyenda consta que mató a ochenta mil musulmanes (casi tantos como todo el ejército de Abderramán).

De modo semejante, vuelven los juicios de Dios y las ordalías. Si dos rivales se enfrentan con las armas en un juicio de Dios, es seguro que con la intervención divina el que lleva razón triunfará. Igualmente el inocente no se quemará cuando le apliquen fuego o flotará en el agua a pesar de la enorme piedra que le aten. Se acude continuamente a la protección de los santos, que son los titulares de las iglesias. No hay una iglesia dedicada a Dios, sino a san Pedro o san Pablo.

La alta cultura se ha perdido y aún no ha resurgido. Ciertamente la primera edad de los dioses tuvo a su Homero y Hesíodo o a los presocráticos, pero la ciencia se ha perdido, ahora también tendremos un renacimiento carolingio o un Escoto Eriúgena, pero el resultado no fue —ni podía ser— la aparición de una ciencia reflexiva, sino la creación de las estructuras embrionarias de la política, instituciones civiles y religiosas, de lenguas modernas, etc.³¹

Quiero subrayar dos elementos esenciales de esta edad de los dioses: la aparición del germen inicial de las naciones modernas y el nacimiento de nuestros actuales idiomas. Esto muestra la capacidad creadora de esa edad. Nótese que es indiferente o, si queremos, es coyunturalmente histórico que los diversos grupos étnicos hayan dado lugar a un Estado actual o varios. Podría haber fracasado la unión de Castilla y Aragón, o no haberse dado en 1870 la unificación de Italia o la de Alemania, pero eso no quita que lo que Vico llama nación germana o itálica o hispánica, con sus diversos pueblos y variantes, son un sujeto histórico que ha mantenido la continuidad desde su origen en la nueva edad de los dioses.

Y en cuanto a las lenguas, tenemos que en el siglo VIII se hablaba latín en todo el viejo solar occidental del Imperio romano, ciertamente modificado respecto al clásico, pero latín al fin y al cabo, y que en el siglo IX, por el contrario, tenemos ya

31. Todavía en el 871, el rey Alfredo el Grande, se lamenta de que no haya un mínimo de cultura en Gran Bretaña: «La enseñanza en el pueblo inglés había caído tan bajo que había poquísimas personas, incluso entre los eclesiásticos, al sur del Humber, que pudiesen comprender en inglés el canon de la misa, o traducir una carta del latín al inglés; y creo que no habría muchos más allá del Humber. Había tan pocas personas capaces, que no consigo recordar ni una sola al sur del Támesis en la época en que he comenzado a reinar». Prefacio, *Cura moralis* de san Gregorio, ed. H. Sweet, *King Alfred's West-Saxon Version of Gregory's Pastoral Care*, Londres, Trübner, 1871.

el francés, el español o el italiano, o si queremos un conjunto de variantes romances incipientes como la lengua de oïl, el castellano antiguo o el toscano.

b) Edad de los héroes: 1054-1453.

En esta nueva edad, ya no son los dioses lo que obran en el mundo y gobiernan sino los optimates: los protagonistas no son los nobles de origen divino, ligados a la posesión de la tierra, sino los nuevos grupos sociales que basan su poder en el conocimiento y el dinero.

Como siempre, fijar una fecha para el exacto comienzo de una edad es una tarea necesaria, pero hay que realizarla siendo conscientes de que siempre nos encontramos con un lapso de tiempo más o menos amplio, dentro del cual cabe señalar una fecha especialmente simbólica. Podemos ver que, en torno a la mitad del siglo XI, la *forma mentis* de los europeos cambia y, con ella, su modo de vida, con un despliegue prodigioso propio de una edad de los héroes. En concreto, tenemos un importante auge de la ciudades, que se traduce en un nuevo fenómeno a gran escala: la vida ciudadana, en todas sus dimensiones culturales, sociales, artesanales, comerciales. La población se incrementa notablemente, se busca el poblamiento de nuevas tierras, se incorporan nuevos pueblos a Europa, como Polonia y Hungría, se desarrolla la agricultura, hay un importante crecimiento económico, desarrollo de la artesanía y el comercio, nace el románico... Aparecen grandes centros comerciales (Génova, Venecia...), capaces de llegar incluso a China. Surgen nuevas técnicas e instrumentos (arado de vertedera, brújula, torno de hilar, relojes, pólvora, papel, máquinas xilográficas, etc.).

Ahora bien, lo importante es comprender la mente de esos creadores. Intentémoslo. En la edad de los dioses, con los carolingios la realeza adquiere carácter sagrado: los reyes son los representantes de Dios en la tierra. En consecuencia, el emperador del que sería llamado Sacro Imperio Romano Germánico es quien nombra a los obispos, para el ejercicio de las funciones sacras, al igual que nombraba otros funcionarios para funciones militares o económicas, y todos ellos ligados al emperador por vínculos de fidelidad personal. Ahora bien, hemos de tener en cuenta que había una multitud de nobles rurales, con su relativa autonomía del poder central, que se amplía con el fraccionamiento del Imperio carolingio. Formando parte de todas las cortes —de nobles o de reyes o la imperial—, estaban los obispos, que realizan las funciones ceremoniales y sagradas, de tal modo que tenemos una pluralidad de iglesias locales, vinculadas esencialmente al poder civil-sacro, cuya coordinación entre ellas, ya desde el siglo IX, corría a cargo no del papa, sino del emperador, «por eso, antes del siglo XI, es oportuno hablar de *iglesias*, en plural, más que *iglesia*».³² Esta

32. GIUSEPPE ALBERTONI y TIZIANA LAZZARI, *Introduzione alla storia medievale*, Bologna, Il Mulino, 2015, p. 249. Quede claro que esta afirmación se limita al segundo ciclo.

dependencia de la función religiosa respecto al poder civil, se extendía incluso al papa, a pesar de su relativa independencia por poseer el poder político en los Estados pontificios. En concreto, el *Privilegium ottonianum* otorgaba al emperador la capacidad de elegir al papa o, al menos, la necesidad de dar su aprobación para que el elegido pudiera ser papa.

En oposición a esa mentalidad, en torno a la mitad del siglo XI, surge un nuevo modo de pensar, una nueva mente, que niega la sacralidad del poder real, o sea, en la nueva mente los reyes dejan de tener carácter divino y, por tanto, no tienen potestad para elegir obispos o al papa, ni estos se subordinan en modo alguno al poder político. En consecuencia, se independiza la función religiosa, y los múltiples obispos occidentales pasan paulatinamente a estar coordinados por el obispo de Roma, cuya autoridad crece, no solo moral, sino jurídica y efectivamente. A esta nueva situación se opusieron los reyes, que perdían su sacralidad y su influencia, de ahí el largo conflicto entre Iglesia y poder político, llamado lucha o querrela de las investiduras. Por parte de la Iglesia, este fenómeno se manifestó en la llamada reforma gregoriana que comienza con León IX (1049-1054) y tiene su punto culminante con el monje Hildebrando (Gregorio VII, 1073-1085), autor del *Dictatus papae* (1075), donde ya es formalmente negada la realeza sacra, y concluye con el concordato de Worms (1122). Estamos plenamente en la edad de los héroes.

Esta nueva mentalidad, activamente promovida por la Iglesia, tuvo dos efectos importantes. El primero fue el Cisma de Oriente (1054), que produjo una ruptura en la Iglesia, que dura hasta hoy día. En Constantinopla, el emperador tenía también carácter sagrado y el patriarca de Constantinopla dependía de él; por eso, tenía el título de Patriarca ecuménico, pues, dado que el emperador era el único que tenía derecho al gobierno político universal, el patriarca, dependiente de él, lo tenía al gobierno religioso universal. León IX (1049-1054), quien inició la reforma gregoriana, exigió el reconocimiento de su primacía, no solo moral sino jurídica y efectiva. Sin embargo, para el Emperador y el Patriarca de Constantinopla, era imposible, en su *forma mentis*, aceptar las propuestas de León IX, pues la realeza era sagrada y por encima de la función religiosa episcopal. La concordia era prácticamente imposible: la ruptura de 1054 mostraba no ya la distancia entre dos iglesias, sino la separación entre dos mentes, la divina y la heroica.

La otra consecuencia es la aparición de los nuevos poderes civiles que tampoco reconocen la sacralidad del rey. El rey o los nobles ya no son la voz de Dios, sino la opinión del gobernante, que se puede discutir o, incluso, negar. Surgen así las asambleas parlamentarias de los siglos XII-XIII (*Cortes* en España, *Parlamento* en Inglaterra, *Estados generales* en Francia) al margen de los nobles, cuya sacralidad ya es negada: una nueva forma de organización política, cuya consulta era necesaria para las cuestiones decisivas de gobierno (impuestos, declaración de la guerra o de la paz...).

Creo que se ve con claridad que, en la mitad del siglo XI, se produce el cambio de edad viquiana. Podemos tomar como fechas simbólicas el 1049 (el comienzo del pontificado de León IX, iniciador de la reforma), el 1073 (comienzo del de Gregorio VII, el gran reformador) o el 1075 (*Dictatus papae*). Ahora bien, teniendo en cuenta la importancia del Cisma de Oriente —llamado también el Gran Cisma—, incluso para nuestros días, y que en ese momento se separan Oriente, que sigue en la edad de los dioses, de Occidente, que entra en la edad de los héroes, creo que ese 1054 podríamos considerarlo como la fecha más simbólica para marcar el inicio de esta edad.

En cuanto a las naciones, tenemos que, a partir de las unidades políticas nacidas en la edad anterior, se forman núcleos estables y fuertes, que permitieron la consolidación de Europa. Esta se constituye en una potencia capaz de sobrevivir frente al islam (organización de las cruzadas), e incluso frente a Constantinopla, impidiendo que se frustre el ciclo. Estas unidades políticas ya no desaparecen, sino que con sus lógicas modificaciones históricas son nuestras naciones actuales. Quiero decir que entre estas entidades y nosotros hay una total y plena unidad: somos el mismo sujeto histórico, aunque entonces en la forma de Castilla, León, Aragón... y ahora como España; o en la forma de Reino de las Dos Sicilias, Venecia, Estados pontificios... y ahora como Italia.

Esta transformación se da no solo en el ámbito político, sino en todo lo humano, como había establecido la teoría viquiana: es un nuevo modo de pensar que transforma todo. Es el *ricorso*: el retorno retransformado del derecho escrito, de las pruebas judiciales, de la ciencia con nuevos sistemas e instituciones de enseñanza (las Universidades: las nuevas academias y liceos), un nuevo modo de concebir la religiosidad (órdenes mendicantes, de naturaleza urbana y no rural), nueva estética grandiosa (el románico y el gótico; catedrales)... Y de modo muy especial las lenguas modernas se consolidan y pasan a ser sutiles instrumentos para la expresión del pensamiento, los sentimientos, la visión del mundo: nosotros hablamos las lenguas que consolidaron y dignificaron los héroes de esta edad.

Aunque en nuestro imaginario los héroes de ese periodo eran los guerreros, como, por ejemplo, los jefes de las cruzadas (1096-1291), que impidieron la destrucción de Occidente, sin embargo, hay que considerar como héroes —incluso con mayor motivo— a los que construyeron ese mundo civil, humano, aún plenamente presente entre nosotros y del que aún vivimos. Me refiero a los que hicieron el sistema parlamentario, a los fundadores de las universidades, a los creadores —en *ricorso*— de la filosofía como saber autónomo y de las ciencias (medicina, artes liberales, teología...), a los constructores de las catedrales románicas (XI-XII) y góticas (XIII-XV), a los fundadores de las órdenes religiosas urbanas (s. XIII)...

Y si queremos poner ejemplos concretos, tenemos a los héroes que eran simultáneamente estadistas, políticos, militares, juristas, promotores de cultura..., como Fernando

III (1201-1252, reconquistó media Andalucía, promovió el castellano y las catedrales de Burgos y León), Federico II Hohenstaufen (1194-1250, realizó una cruzada, creó la primera Universidad civil, la de Nápoles...), Inocencio III (1198-1216, que reorganizó el derecho eclesiástico, organizó cuatro cruzadas, delimitó las relaciones entre poder civil y poder religioso, promovió las universidades, las ordenes mendicantes, reformó la vida religiosa laica...). Y en cultura y ciencia no podemos olvidar a los héroes que construyeron un mundo de pensamiento aún presente entre nosotros: Alberto Magno, Tomás de Aquino, Duns Escoto, los *calculatores*...; o Dante Alighieri (1265-1321), cuya influencia ha sido decisiva para la actual lengua y cultura italiana y para toda la modernidad.

En pocas palabras, podemos ver que esa mal llamada Baja Edad Media no fue un periodo oscurantista, en blanco y negro, miserable y violento, sino una luminosa edad de héroes, que nos dieron nuestras naciones, nuestros sistemas políticos participativos, nuestras lenguas, nuestras universidades, nuestro sistema legal, nuestras catedrales... Somos nosotros en nuestra edad heroica.

c) Edad de los hombres: 1453-¿?

Como siempre, es difícil establecer una fecha tajante para un cambio de edad. No obstante, los acontecimientos que se acumulan en torno a la mitad del siglo XV pueden ser tomados como el corte de edades: la caída de Constantinopla (1453), el fin de la Guerra de los Cien Años (última guerra feudal de carácter sucesorio) también en 1453 y la invención de la imprenta por Gutenberg (como fecha simbólica de este invento se puede tomar también el 1453).³³

Ahora bien, ciertamente lo decisivo es que aparece una nueva modificación de la mente humana, en terminología viquiana, o si queremos un nuevo tipo de hombre: el renacentista, que es un auténtico paradigma de la modificación de la mente de la edad de los hombres. Ahora el hombre toma el puesto central en la nueva concepción de la realidad: es lo que se llama *antropocentrismo*, frente a la edad de los dioses, de carácter teocéntrico o la edad de los héroes centrada en la construcción de un mundo civil común. Esto no quiere decir que el renacentista fuera ateo, más bien todo lo contrario: en el inicio de esta edad de los hombres todos eran creyentes y la cuestión de la religión, la interpretación de la Biblia, etc., eran de máxima importancia. Los renacentistas ponen en primer plano al sujeto, al individuo, con su personal visión de la realidad, con su subjetividad, con su libertad, con su deseo de originalidad: el hombre es un ser autónomo, aunque tenga relación con la divinidad.

33. Quizá para los hispanos, por sus peculiares circunstancias históricas, su edad de los héroes se prolonga casi un siglo más mezclándose con la edad de los hombres, pues fueron héroes quienes ensancharon España hasta América.

El renacentista es, además, un humanista: un hombre centrado principalmente en los aspectos humanos —individuales y políticos—, que toma como modelo el humanismo clásico de los latinos y griegos, pero no para seguirlos servilmente, sino para recrearlos de modo nuevo. Eso, como hemos visto, es lo propio del *ricorso*: es un retorno retransformado del *corso*. Por eso, la originalidad pasa a primer plano: ciertamente en la anterior edad —la de los héroes— se cultivó el estudio de los clásicos e incluso consideraban que sabían más que aquellos, pero eso se debía a que ellos iban “a hombros de gigantes” (de héroes, diría Vico); por el contrario, los humanistas consideraban que ellos, a partir de los estudios clásicos, habían recreado de modo original una nueva visión del mundo: la visión de los hombres propia de esta nueva época. Estamos en la edad de los hombres.

Al igual que la primera edad de los hombres, esta segunda edad tiene también sus etapas. La historiografía habitual es consciente de que el nuevo periodo iniciado en el Renacimiento, llamado Edad Moderna, concluye hacia mitad del XIX. Los historiadores franceses adelantan esa fecha al inicio de la Revolución Francesa (1789), pero hay que notar que el inicio del proceso no fue lo decisivo, sino el triunfo de las diversas revoluciones burguesas (concluyen en 1848), que abrió una nueva etapa en el conjunto de las naciones Europeas, dando lugar a una fragmentación múltiple, que ahora comentaré.

A esta fragmentación contribuyó decisivamente el triunfo del Romanticismo (1770-1848). Este movimiento critica al hombre como sujeto racional, dueño de sí, que domina sus tendencias no racionales. Además, cultiva una subjetividad exaltada, individual y colectiva, que quiere romper no solo con la tradición antigua, con el humanismo romano, sino también con sus formas más recientes renacentistas, barrocas e ilustradas, para buscar sus raíces en una remota e hipotética tradición de cada nación (etnia) europea: los germanos, los ítalos, los eslavos...³⁴

Otro acontecimiento importante en el cambio de etapa viene producido por la segunda revolución industrial (a partir de 1840) y las espectaculares aplicaciones técnicas de la ciencia, que transformarían la vida y la mentalidad de los europeos durante esta segunda mitad de siglo XIX. La ciencia se populariza y todos se hacen conscientes de la importancia de la ciencia y de la tecnología. Se difunde el *positivismo* de Auguste Comte (1798-1857), con todas sus variantes científicas: el único

34. Es altamente significativa la posición de Johann Wolfgang Goethe: «Ossian ha desplazado en mi corazón a Homero» (J.W. GOETHE, *Los sufrimientos del joven Werther*, trad. José María Valverde, Barcelona, Planeta De Agostini, 2008, p. 38; carta de 12 de octubre 1772). Como es sabido, Ossian fue una burda superchería de James Macpherson (1738-1795), que levantó oleadas de entusiasmo en el mundo anglogermano, pues vieron en él sus propias raíces superiores a las grecorromanas. El mismo Goethe admiraba esa obra, la tradujo al alemán y la citó en su *Werther* a lo largo de varias páginas, para enmarcar el momento cumbre del suicidio de Werther.

conocimiento válido es la ciencia. El predominio no ya de la ciencia, sino de la tecnociencia (la ciencias aplicadas con sorprendentes resultados) trajo dos consecuencias inmediatas. Una general: los conocimientos anteriores (de la Antigüedad e incluso de los siglos inmediatamente precedentes) parecían como balbuceos de niños o incluso como un montón de falsedades ingenuas; los libros dejaron de ser la memoria de los conocimientos de la humanidad, para ser la información de los últimos descubrimientos científicos. Y otra particular: la filosofía deja de ser el conocimiento y comprensión por excelencia de la realidad; ya no caben grandes sistemas filosóficos en los que se enmarca todo el conocimiento científico y humano (estética, ética, política...), sino solo posiciones fragmentarias, puntos de vista, *corrientes de pensamiento*, que coexisten entre sí y que casi todas están aún presentes en nuestros días: psicoanálisis, fenomenología, existencialismo, hermenéutica, filosofía analítica, etc.

Ahora bien, esa negación de la posibilidad de un pensamiento unitario, que lleva a la fragmentación en diversas corrientes de pensamiento, va aún más lejos introduciendo las *ideologías*. Se trata de una visión de lo humano —del individuo y de la sociedad— que no intenta una explicación válida para todo ser pensante, sino una defensa de puntos de vista particulares o de intereses de grupos, donde la racionalidad, la verdad, la objetividad, la investigación científica... carecen de peso, son irrelevantes o usadas torticeramente para los propios intereses subjetivos e individualistas. En terminología viquiana, el *sensus communis* ha dejado de ser común, para multiplicarse en formas irreconciliables en el seno de la nación. Y, en consecuencia, tenemos la fragmentación social en forma de partidos políticos, o sea, los ciudadanos corrientes que luchan por conseguir el poder, guiados por una nueva figura, la del político profesional, que busca la posesión del poder como única finalidad.

Esta pérdida de racionalidad, convertida en mentalidad ideológica, ya ha alcanzado a la filosofía y se expande incluso a la ciencia, al menos a las ciencias no duras (a la psicología, antropología, historia, politología, etc.): los científicos de estas disciplinas interpretan arbitrariamente la realidad o incluso la falsean, en función de intereses particulares (invención de una historia nacional, falseamiento de datos antropogénicos, ideologías burguesas, liberales o socialistas, teorías contra la Biblia...).

De este modo, ha entrado en crisis la naturaleza humana propia de la tercera edad, que Vico había descrito así: «La tercera [especie de naturaleza] fue naturaleza humana, inteligente y, por tanto, modesta, benigna y razonable, que reconoce como ley la conciencia, la razón, el deber» (SN44, 918). Visto con los ojos de Vico, podemos considerar que esta época, dentro de la edad de los hombres, se caracteriza por la *fragmentación*: la idea de fondo es que lo humano no es universal, sino particular, múltiple, con formas irreductibles entre sí. No se trata, como había hecho el Barroco, del reconocimiento de la pluralidad y variabilidad de lo humano, de

variaciones humanas que se reconocen mutuamente dentro de lo humano común, sino que lo humano se plurifica de modo equívoco, es decir, en el fondo no son variaciones de la *naturaleza común de las naciones*, sino un individualismo radical, una subjetividad exaltada hasta lo irracional, una «barbarie de la reflexión».

Ahora bien, a partir de la década de los 70 del siglo XX, nuestro ciclo histórico ha acentuado el sesgo que había tomado en la última etapa, dando lugar a la llamada Posmodernidad o mejor *Tardomodernidad*, pues aún estamos en el segundo ciclo, el moderno, pero según parece, en su fase final. Ha tomado fuerza la idea de que la modernidad ya no tiene vigencia, ahora solo cabe un subjetivismo extremo con una total ausencia de verdad; estamos en la época de la posverdad.³⁵ No se trata tan solo de la vigencia de la concepción reductiva de la razón —cientifismo, naturalismo...—, donde hay universalidad y acuerdo en los aspectos técnico-matemáticos de nuestra praxis, aunque en las otras dimensiones de la acción humana —arte, moral, política, sociedad, religión—, no la hay ni puede haberla, pues caen fuera del campo de la razón, la razón calculadora nada tiene que decir ahí. Ahora, en la Tardomodernidad, el cientifismo, el escepticismo y el irracionalismo han quebrado la confianza en la razón, al negar la posibilidad de un conocimiento estricto del mundo real; la razón científico-técnica es incapaz de dar explicación de sí misma, de justificar su método, su alcance cognitivo, de mostrar su racionalidad. Tenemos así un *pensamiento débil* (Vattimo, Lyotard, Deleuze), *totalmente relativista*: es imposible que haya una verdad válida para todo ser pensante. Pero hay más, se ha llevado la irracionalidad más allá de los límites de lo imaginable, pues no se insiste tan solo en la pluralidad cacofónica de voces, sino que se sostiene que ni siquiera hay una realidad común sobre la que podamos hablar y debatir: «Ya no hay punto de vista privilegiado ni objeto común a todos los puntos de vista».³⁶

Muchas cosas podrían decirse de este final de ciclo, que ya muestra un indudable malestar. No quiero hablar de las matanzas y exterminios, militares y civiles, provocados en nuestro siglo XX por las ideologías, sino preguntarme ¿qué pensar de una sociedad sometida al yugo de una ley positiva, dictada bajo la arbitrariedad de los parlamentos, que sin límites dictaminan el bien y el mal, cumpliendo así el «seréis como dioses» (*Génesis* 3, 5)? ¿Qué pensar de una sociedad cuyas autoridades y biempensantes, a través de una burocracia irracional infinita y de una censu-

35. Aunque hay antecedentes en el uso del nombre y del nacimiento de esta forma de pensar, su difusión imparable comienza en 1979 con el libro de JEAN-FRANÇOIS LYOTARD *La condición posmoderna*.

36. GILLES DELEUZE, *La lógica del sentido* (Barcelona, Paidós, 1994), apéndice I, 1, p. 263. En el marco de mi proyecto de repensar la historia europea, sobre el aspecto de la *forma mentis* actual, publiqué un artículo titulado “La subjetividad contemporánea interpretada diacrónicamente a partir de G.B. Vico”, *Tropelías*, 31, 2019, pp. 21-36.

ra social delatora, ejercen un control absoluto sobre los cuerpos y las conciencias? ¿Qué pensar de nuestra sociedad europea en la que «más de una de cada seis personas ha tenido un problema de salud mental en 2016, lo que equivale a alrededor de 84 millones de personas. Y, por otro lado, en 2015, las muertes de más de 84.000 personas en los países de la UE se atribuyeron a trastornos mentales y a suicidios»?³⁷

En mi opinión, dependiente de Vico, a partir de 1970 habríamos entrado en una última fase de la edad de los hombres, que podemos llamar de Tardomodernidad o *época de la fragmentación*, pues se caracteriza por la disolución de las formas de vida creadas en nuestro segundo ciclo: disolución de las naciones consolidadas en la edad de los héroes, disolución del sujeto racional consciente y autónomo en un poliédrico haz de identidades sin ninguna unidad, disolución de instituciones básicas como el matrimonio, disolución de la moral y la ética en los intereses y sentimientos subjetivos, disolución de la cultura y el arte como expresión del espíritu en una pos-cultura y un pos-arte des-ontologizados y sostenidos en un discurso subjetivista...

En definitiva, los tres principios viquianos de humanización están siendo deconstruidos tenazmente: más de un alumno mío se ha sonreído sarcásticamente, cuando he leído en voz alta las tesis viquianas sobre los principios que rigen la plenitud (la *akmé*) de una sociedad: todos los pueblos tienen religión, en la creencia de que hay un Dios providente; celebran matrimonios solemnes, con la conciencia de que se deben moderar las pasiones y tener responsabilidad sobre la prole; y entierran a sus muertos, en la convicción de que las almas son inmortales (SN44, § 130 y § 333).

CONSIDERACIONES FINALES

1) Considero que las ideas de Vico sobre la historia son importantísimas para hacer una correcta división de los periodos históricos. En primer lugar, estableciendo los ciclos que cada colectivo humano ha recorrido (para nosotros, dos), en segundo lugar dividiendo cada ciclo en tres edades (de los dioses, de los héroes y de los hombres) con sus diversas mentalidades, y finalmente establecidos diversos periodos o etapas dentro de cada edad.

2) Igualmente considero capitales las ideas viquianas para entender el sentido de los procesos históricos. No hubo una época primitiva en que los hombres hayan sido irracionales o actuado de modo absurdo, sino que cada edad tiene sus características generales necesarias, en cuanto al modo de pensar y, consecuentemente, de obrar. Y dentro de las etapas de cada edad, especial atención merece la etapa de descomposición o disolución al final de la tercera edad, pues, conociendo

37. OCDE-EU, *Health at a glance: Europe 2018 state of health in the EU cycle*, p. 11. Se puede consultar el texto en: https://www.oecd-ilibrary.org/social-issues-migration-health/health-at-a-glance-europe-2018_health_glance_eur-2018-en.

—y reconociendo— que se está o se inicia a estar en esa etapa, se podrían poner soluciones que contribuyan a superarla.

3) La visión viquiana ayuda a entender la continuidad del tejido histórico en un triple sentido. En primer lugar, que el sujeto de la historia son las naciones (etnias) y, por tanto, hay que explicar la historia atendiendo a la génesis, consolidación, plenitud y disolución (si es el caso) de las naciones. En segundo lugar, que las nuevas naciones o sujetos que surgen en el segundo ciclo mantienen elementos o creaciones del anterior, que siguen vigentes en cuanto que retornan recreados en el *ricorso*. Esto ayuda a entender cómo nuestro mundo, nuestro *ricorso*, está permeado por los logros del *corso*, que retransformamos e integramos de modo nuevo. Y, en tercer lugar, nos hace comprender cómo el abandono de las creaciones del primer *corso* —por ejemplo, el olvido del *ius naturale gentium*—, o de los logros de nuestra edad de los héroes —por ejemplo, nuestras universidades, nuestras lenguas—, lleva a la edad de los hombres a una crisis de identidad, a una «barbarie de la reflexión» e incluso a una disolución.

4) También ayudan las ideas de Vico a entender los procesos culturales. Es absurdo hablar de Agustín de Hipona como un medieval, o Dante como perteneciente a una edad de ignorancia y barbarie. Igualmente nuestras lenguas pasan las diversas fases vinculadas a su ciclo histórico: de nacimiento, consolidación y plenitud; y, si es el caso, de descomposición o transformación en otra nueva realidad, en otra nueva lengua, como ha ocurrido con el latín y el griego del primer ciclo. Y, como ya sabemos, muchos aspectos del *corso* permanecen en el *ricorso*, aunque retransformados. Así es en la filosofía, en la ciencia, en las lenguas, y para dotar de inteligibilidad plena a esas realidades es necesario conocer cómo fueron en el primer ciclo.

5) Por último, las ideas de Vico ayudan a superar los clichés erróneos de buena parte de la historia oficial o, al menos, de la cultura popular. Por ejemplo, la división de la historia en cuatro edades (Antigua, Media, Moderna y Contemporánea) está mal hecha. La Edad Media no fue una época horrible, de miseria e ignorancia; simplemente no existió. Hablar de una Edad Contemporánea es no decir nada, solo que es la actual, pero no señala característica alguna. La interpretación correcta es que tuvimos nuestra edad de los dioses, ciertamente con su barbarie e ignorancia, pero también con su potencia creadora, y luego nuestra edad de los héroes: aquellos que construyeron y consolidaron nuestras naciones, nuestras lenguas, nuestro mundo, que ahora nos dedicamos asiduamente a disolver, lo cual nos indica que estamos al final del *ricorso*, del retorno, y nos sitúa nuestro mundo europeo en su contexto histórico real.

* * *